

Un relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento**El libro de mi vida**

Abrí el libro de mi vida por la última página. Aquélla en que estaba escrito el índice. Algunas líneas habían sido subrayadas o destacadas con indicaciones en los márgenes. Por ejemplo, las referencias a los capítulos del principio. Fue el quinto el que más me llamó la atención y despertó mi curiosidad:

"De cómo estuve en la obra de teatro. Pág. 27".

Esbozando una sonrisa al evocar situaciones olvidadas de mi infancia, fui a esa página a tratar de descubrir algo. Mi sentido de búsqueda me imponía la necesidad de leerla. Me costó encontrarla, pues no era más que un resto de página rota. Lo que quedaba había sido quemado por el tiempo, y se resquebrajaba al tocarlo. Era tal el deterioro, que sólo pude leer algunos trozos saltados. Con mucho temor, mis ojos se movían sobre esas letras...

Así, empecé a leer el libro de mi vida:

"Sigo mirando la obra desde mi ventana, pero ya no quiero seguir detrás del vidrio. Me gustaría desempeñarme como actor, pues creo que es importante llegar a serlo algún día. Andar yo también de una calle a otra, ser protagonista de una esquina. Por el momento, me limito a decir pocas frases desde mi lugar de espectador, y hasta hago los gestos no verbales. Nadie se da cuenta, excepto cuando algunos del público me pillan y me hacen callar y estarme quieto, pues no los dejo presenciar la obra con tranquilidad. Me preguntan que si acaso me creo un actor, o si estoy loco..."

Retorné al mundo de hoy y me puse a divagar en torno a lo leído. No parece que haya sido escrito por el niño que fui, sino más bien por algún personaje sabio, escondido muy adentro, y que le gusta hablar por medio de símbolos.

Entendí que esta lectura me había enseñado algo. Que se puede almacenar vida, como si fuera un fluido energético que se intenta meter dentro de una batería. Llegué a creer que eso es lo que hice en mi niñez, como si hubiera querido ahorrar emociones y sensaciones, al no vivir lo que venía a mí en cierta situación, sino guardarlo para después. Lo que no he podido saber aún es el por qué de esa mezquindad.

Lleno de confusión, volví a la lectura:

"Quisiera aprender a expresarme sin molestar. Para mostrarme como soy, tengo que sacarme el disfraz, pero antes de eso he de aceptar que se me vea el disfraz,

en calidad de tal. Es que están todos creyendo que ésa es mi ropa. O sea, me da vergüenza tener que andar disfrazado..."

Recordar esto me daba un poco de risa con pena. Recién ahora pude entender que lo primero es asumir el disfraz. Cuando niño tuve miedo a revelarlo en lo que es. Eso es algo así como un temor a sentir miedo. Al darme cuenta de eso, ya pude quitarme el miedo de más afuera.

Aún estuve dispuesto a leer un poco más:

"No es el ambiente el áspero, es ese marco de madera que debo ponerme encima de la ropa. Se me entierra por todos lados. Maldito pudor que me obliga a cubrirme. En el closet tengo varias jaulas..."

A esta altura, empecé a resistirme a seguir leyendo. Visualizaba el miedo grueso como si fuera un verdadero abrigo.

Me armé de valor y quise continuar:

"La gran pelea es si vestir a todos los actores igual o a todos distintos, con originalidad no uniforme..."

Eso no lo entendí bien porque lo que seguía era ilegible. Con dificultad, tuve que cambiarme de página:

"El director de la obra teatral me ha mandado a instalarme en una butaca, y esconderme entre los espectadores porque he sido vetado por la censura. Después que pase la tormenta, ya podrá ponerme de nuevo en el escenario. El problema es que entre tanto no se olvide de rescatarme, y quede yo siempre esperando mi turno, camuflado en el público, que nadie creería que soy actor... De repente, el malo de la película sale arrancando del escenario y se esconde debajo de un asiento, aquí a mi lado..."

En esta parte tuve que interrumpir la lectura porque faltaba media página. Seguí leyendo en la siguiente:

"Voy en una especie de desfile. Visto una extraña chaqueta como de charreteras. Le ordeno a la parte inferior de mi cuerpo ser fiel a ese desfile. Pero, yo con mi parte superior del cuerpo pensamos en otras cosas más importantes..."

Esta lectura me estaba proporcionando una realidad antigua, que me parecía redundante. Elegí los aspectos novedosos, que parecían olvidados, pero estaban todavía ahí para volver a recordarlos algún día.

Traté de continuar leyendo pero faltaban páginas o no se distinguían bien las letras. Seguí desde donde pude:

"Mientras tanto, ella mira la vida a través de un espejo en que se ve todo. Ella sonríe a la vida..."

¡Ah! Eso ya corresponde a otro capítulo, pues no tiene nada que ver con lo anterior. Volví al índice y comprobé que me había salido de la infancia, y entrado a la romántica adolescencia.